

En cuanto al acceso de las mujeres al mercado laboral, Martínez Pastor muestra cómo en la mayoría de los países de la OECD las tasas de participación laboral han aumentado entre 1990 y 2020 para las mujeres en edad laboral. Muchas han conseguido un empleo en ocupaciones buenas, basadas en el conocimiento, al menos en la UE27, lo que tiene su reflejo en la disminución de la brecha salarial de género por hora trabajada en casi todos los países europeos. En España ha pasado del 17,9 % en 2006 al 9,4 % en 2020. No obstante, las desigualdades de género persisten en el reparto del trabajo no remunerado y la penalización por maternidad es muy significativa, como el autor apunta.

Por último, me gustaría mencionar algunas lagunas desde mi perspectiva, por si le sirviese al autor para una futura revisión de este magnífico manual. He echado en falta la presentación de perspectivas teóricas sobre decrecimiento económico y cómo transformar el empleo para acompañar la transición ecológica. Menciona brevemente ideas sobre la reducción de la jornada semanal de trabajo para todos, pero no profundiza en este tema ni en cómo fomentar los empleos de servicios relacionados con la calidad de vida y los cuidados. Me hubiese gustado leer una mayor reflexión sobre la desvalorización del trabajo doméstico y de cuidados, a pesar de tratarse de tareas esenciales, como ha mostrado la pandemia de la COVID-19. El autor menciona la importancia de la corresponsabilidad en los cuidados, pero no desarrolla cómo eliminar la división sexual del trabajo doméstico y de cuidados, y cómo disminuir las grandes diferencias salariales y de condiciones de trabajo entre las ocupaciones relevantes e inútiles para el bienestar de toda la ciudadanía. Finalmente, ayudaría tener un índice de gráficos y cuadros más un glosario.

por Teresa JURADO GUERRERO
UNED
tjurado@poli.uned.es

Climate Change as Class War: Building Socialism on a Warming Planet

Matthew T. Huber

(London/New York, Verso Books, 2022)

La crisis climática es uno de los grandes problemas de nuestro tiempo. El origen antropogénico del cambio climático, así como la urgencia de mitigación de sus efectos, son ya incuestionables, pero las posibles formas de afrontarla constituyen el gran debate abierto en el seno del ecologismo, como demuestra la reciente publicación de numerosas y muy variadas obras sobre el tema. Una de las propuestas más interesantes es la desarrollada por el profesor de Geografía de la Universidad de Siracusa (Nueva York), Matthew T. Huber, en su último libro, *Climate Change as Class War: Building Socialism on a Warming Planet*, publicado por Verso Books en 2022 y que todavía no ha sido traducido al castellano.

La mayoría de los trabajos académicos sobre la dimensión social de la crisis climática pone el foco en sus amenazas, como el encarecimiento de los bienes básicos, el cierre de industrias contaminantes y la consiguiente pérdida de sus puestos de trabajo o la aparición de refugiados climáticos, las cuales tienen en común que afectan desproporcionadamente a los más desfavorecidos. Huber comparte la idea de que el cambio climático es un reflejo de las desigualdades sociales, pero rechaza la visión mayoritaria de los ciudadanos como sujetos pasivos de sus impactos y, en su lugar, cree que puede resultar una oportunidad para la lucha de clases en los países industrializados. Inspirado por esta premisa, el libro tiene una doble dimensión descriptiva y normativa, pues en él se combinan el análisis teórico sobre una hipotética lucha de clases climática y la orientación para la acción de la clase trabajadora en dicho escenario. Su estructura se divide en tres partes principales, dedicadas a las diferentes clases sociales: la capitalista, la profesional y la trabajadora, cada una de ellas con su propia posición hacia la crisis climática.

Tradicionalmente, los análisis sobre el ecologismo como movimiento político lo han situado en la izquierda del espectro ideológico, pero con una base teórica posmaterialista propia de una clase media con formación intelectual y cultural frente al marxismo estructuralista ligado a la defensa de la clase obrera industrial. Esta concepción ha fundamentado durante décadas la idea de un supuesto enfrentamiento entre el movimiento ecologista, que únicamente se preocuparía por la sostenibilidad del medio ambiente e ignoraría las condiciones materiales de vida, y el movimiento obrero, que solo defendería sus empleos a costa de todo lo demás, incluida la reproducción de la naturaleza que hace posible la continuidad de la vida humana en la Tierra. La realidad es mucho más compleja, pues hoy en día existe preocupación social en muchos ambientalistas y conciencia climática en los principales sindicatos de muchos países occidentales, pero sigue siendo interpretada como un dilema entre trabajo —o desarrollo económico en general— y medio ambiente⁷, una división que cada vez más autores como Huber se proponen eliminar.

En el libro se reconoce la existencia y primacía de un ecologismo burgués que ha aprovechado su influencia sociopolítica para imponer una determinada interpretación del cambio climático. Para esta visión, el problema es la falta de conocimiento y concienciación de la mayoría social, por lo que las soluciones pasan por una mejor educación, especialmente de las ignorantes clases populares. Frente a esto, el autor cree que la clase profesional vive obsesionada con la información sobre el cambio climático y, sobre todo, con la huella de carbono individual, de forma que su ecologismo es el resultado de su sentimiento de culpa a causa del impacto ambiental de su modo de vida. Huber rechaza que se deba atribuir responsabilidad por la crisis climática a cada ciudadano en base a su consumo, pues considera que los consumidores no son responsables de las decisiones ecocidas que toman las empresas en busca de la maximización de su beneficio. Además, en muchos casos, como el transporte de larga distancia, no existen alternativas no contaminantes a disposición de la mayoría social, por lo que indicadores como la huella de carbono serían, a pesar de su buena intención, contraproducentes.

De esta manera, Huber niega que la insuficiente acción ante la crisis climática sea una cuestión de conocimiento, sino que cree que se trata de un asunto de poder. En el siglo *xxi* la humanidad comprende la gravedad del cambio climático, pero no hace lo suficiente para

⁷ Sintetizado por Nora Räthzel y David Uzzell como «*the jobs versus environment dilemma*». Véase Räthzel, Nora y Uzzell, David (2011). «Trade Unions and Climate Change: The Jobs versus Environment Dilemma». *Global Environmental Change*, 21: 1215-1223.

evitarlo porque el capital y las ideologías que lo legitiman bloquean los cambios necesarios. Las relaciones de poder entre las clases sociales bajo el sistema de producción capitalista son fundamentales para entender la naturaleza del cambio climático y proponer posibles soluciones que sean tanto viables como deseables. Para Huber, la tarea de un ecologismo con conciencia de clase debe ser señalar que la reproducción ampliada del capital tiene lugar a costa de deteriorar el medio ambiente y, por lo tanto, que la clase capitalista es la responsable de la crisis climática.

La introducción de la lucha de clases en la crisis climática remite a los debates acerca de la identidad de la clase trabajadora tras décadas de neoliberalismo que han supuesto una progresiva pérdida de gran parte del poder estructural y del protagonismo político que tuvo en momentos anteriores. Huber hace un repaso sobre las dificultades para hallar a la clase obrera, recurriendo para ello a las aportaciones de autores como Pierre Bourdieu, Kimberlé Crenshaw o Erik Olin Wright. No resuelve con ello la cuestión de qué es la clase trabajadora en la actualidad porque no es ese su objetivo, sino que se limita a dar unas pautas que sean útiles para el propósito del libro. Así, entiende el proletariado en un sentido amplio, que abarca a la mayoría de la población mundial —aunque no de los países del Norte Global— y se define por ser una clase separada de los medios ecológicos de vida. El ambientalismo de la clase trabajadora que se deriva de su razonamiento podría ser una versión más general del ecologismo de los pobres de la tipología de Joan Martínez Alier⁸, pero en la práctica Huber se limita a analizar la situación en los países industrializados.

Como se señalaba anteriormente, el libro tiene también un componente prescriptivo propio de un manual para la acción política de la clase trabajadora, abogando por una convergencia de los sindicatos y las organizaciones ecologistas en torno a un mismo programa. En este sentido, el propio subtítulo —«construir socialismo en un planeta que se calienta»— es revelador de la intención del autor. En su faceta de manifiesto, el libro de Huber proclama algo así como un: «Proletarios del mundo, hay un nuevo motivo de peso para uniros, el cambio climático, porque de lo contrario las políticas ecologistas serán utilizadas en contra de vuestros intereses». Una transición hacia fuentes de energía no emisoras de dióxido de carbono sin tener en cuenta su impacto social sí sería percibida en los términos del dilema entre trabajo y medio ambiente, ya que supondría pérdidas de empleos en el sector de los combustibles fósiles y en otras actividades contaminantes, lo que debilitaría aún más al movimiento obrero, puesto que la minería y las industrias tradicionales intensivas en materiales son los sectores con mayor tradición de movilización por los derechos laborales.

Este objetivo de elaboración de una estrategia en el contexto del sindicalismo estadounidense es lo que explica la dedicación de un capítulo completo al sector eléctrico dentro de la parte de la clase trabajadora. Huber propone la idea del «socialismo en un solo sector» como una adaptación de la doctrina estalinista del «socialismo en un solo país», pues cree que la producción de electricidad es la actividad clave para una transición ecológica, debido al papel de la electrificación en la descarbonización de la economía, y también social, ya que se trata de un sector industrial que conserva un alto porcentaje de afiliación sindical. Por ello, cree que la socialización de la electricidad es un primer paso necesario y realista para desencadenar un cambio más amplio en la correlación social de fuerzas.

⁸ Martínez Alier, Joan (2011). *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.

El foco de esta obra, en el caso de Estados Unidos, se debe, por un lado, a la propia trayectoria investigadora del autor, pero, por otro lado, también a las particularidades que se dan en este país y que, aunque poco conocidas, justifican su moderado optimismo. Huber reivindica en varias partes del texto la figura de Tony Mazzocchi, un sindicalista estadounidense que llegó a ser vicepresidente de la Oil, Chemical and Atomic Workers International Union (OCAW) y que desde tan pronto como 1965 empezó a sentar las bases de la lucha de clases climática. Mazzocchi aspiraba a crear un movimiento de base sindical relacionando el medio ambiente con la seguridad del puesto de trabajo y la salud de los empleados, y fue un pionero en sostener que el control de la producción por parte de los trabajadores era una forma de ambientalismo. En la misma línea, en Estados Unidos existe una larga historia de movimientos por la justicia ambiental, una reivindicación de la población negra y otras minorías étnicas contra la segregación ecológica tras los logros de las luchas por los derechos civiles. Asimismo, en los últimos años, el socialismo y el ecologismo han trabajado de la mano en las campañas de Bernie Sanders a las primarias del Partido Demócrata y en la propuesta de un *Green New Deal* liderada por la joven congresista de origen puertorriqueño Alexandria Ocasio-Cortez. Huber ve, al igual que otros académicos estadounidenses, una creciente conciencia social y ecológica entre una parte de la clase obrera, la juventud y una gran proporción de población femenina y racializada como una reacción a la interseccionalidad de las discriminaciones sufridas por estos colectivos.

A lo largo del libro se repasan las aportaciones teóricas previas sobre la materia, con las cuales se entra en diálogo y en algunos casos se critican, como sucede con la huella ecológica, la colapsología o el paradigma de la ecología-mundo de Jason Moore. A nivel estratégico, Huber rechaza el retorno a lo local ecoanarquista, ya que lo considera inútil para afrontar una crisis climática que es de escala global, y dedica un apartado a denunciar que la alternativa del decrecimiento tiene su origen en el ecologismo elitista de determinados círculos intelectuales progresistas europeos con las necesidades básicas más que cubiertas. Su planteamiento se basa en que, para tener posibilidades de éxito, es necesario ofrecerle a la clase trabajadora, o que la clase trabajadora cree por sí misma, un ecologismo del que resulte materialmente beneficiada. Por ello, Huber defiende el *Green New Deal* que se ha introducido con fuerza en el debate político en Estados Unidos, aunque es necesario apuntar que su apuesta por la toma de control de los medios de producción es una versión anticapitalista muy minoritaria de este proyecto de inspiración keynesiana.

Una transición justa, para ser realmente sostenible y no dejar a la clase trabajadora atrás, requerirá una participación mucho mayor por parte de los Estados que la que se ha dado hasta ahora, incluyendo las transiciones ecológicas diseñadas por los gobiernos de la Unión Europea y que han sido las más ambiciosas del planeta. El problema táctico de este objetivo es que no se puede esperar que los gobiernos tomen la iniciativa por su propia voluntad, sino que se requiere un protagonismo del proletariado, que pasaría a ser un proletariado climático, en tanto defendería no solamente sus intereses de clase, sino también —y a través de ellos, en una relación de influencia recíproca— la sostenibilidad del medio ambiente. La crisis climática y la transición ecológica son, en definitiva, cuestiones más políticas —y, por su propia naturaleza, conflictivas— que técnicas.

La revolución ecosocialista propugnada en este libro corre el riesgo de ser acusada de utópica, en tanto que no parece que tenga muchas posibilidades de éxito precisamente

en Estados Unidos, al menos en el corto plazo. No obstante, ante la complejidad social de la crisis climática, casi cualquier propuesta de solución está condenada a serlo, y al menos la apuesta de Huber por la justicia climática puede sonar deseable para una mayoría social. Además, Huber no está solo en su perspectiva radical, puesto que la idea de una lucha de clases climática aparece en otras obras recientes como *Mémo sur la nouvelle classe écologique*, de Bruno Latour y Nikolaj Schultz, reseñada en el número 180 de esta misma revista⁹.

por Álvaro RAMÓN SÁNCHEZ
Universidad Complutense de Madrid
alramon@ucm.es

⁹ De Miguel, Jesús M. (2022). «Mémo sur la nouvelle classe écologique». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 180: 163-166.